

pana por espacio de diez minutos, y mil en el espacio de una hora despues.

—Grandemente, dijo el intrépido preboste, y en caso necesario acudiré al socorro de la buena ciudad con la tropa, de que puedo disponer: y por ahora montemos á caballo.



CAPITULO IX.

; No se me crea jamás:
Que yo pueda manejar
Negocios desarreglados,
A mis manos confiados.
SHAKSPEARE. *Ricardo III.*

Estaba el dia de San Valentin el prior de los Dominicos sentado en el confesonario, y oyendo en penitencia lo que le decia un personage de no poca importancia. Era este un hombre de buen parecer, de colores sonrosados que indicaban su buena salud, y de barba blanca y venera-

ble hasta el pecho. Ojos grandes de un azul bajo y la frente alta, indicaban la dignidad, dignidad mas apta para recibir los honores hechos voluntariamente que capaz de forzar á los que se negasen á prestarlos. Su fisonomía expresaba una bondad y sencillez que le dejaban indefenso, al tiempo que su caracter debil le hacia incapaz de resistir á la importunidad ó de vencer la resistencia. Tenia puesta una coronita de oro sobre un cerco azul; su rosario era de cuentas gordas de oro, toscamente trabajadas, y todo él adornado de perlas de Escocia, notables por su grueso tamaño y hermosura. No tenia mas alhaja que esta, y se reducía su vestido á un ropage de seda carmesí, acomodado al cuerpo por un cinturon del mismo color. Luego que acabó su confesion, se levantó con algun trabajo del almohadon bordado en que se arrodillaba, recostándose sobre un baston corvo de ébano; dirigióse con trabajo y cojeando al sitial de aparato, puesto debajo de un dosel, cerca de la chimenea del vasto y elevado aposento en que se hallaba.

Era el penitente Robertotercero, de este nom-

bre, y el segundo de la mal afortunada raza de los Estuardos, que ocupaba el trono de Escocia. Tenia talentos y virtudes, pero consistía toda su desgracia, en que sus calidades personales no eran las mas propias para desempeñar el papel á que su nacimiento le obligaba, defecto casi general en todos los de su linage. Debía ser el rey de un pueblo belicoso, cual lo era en aquel tiempo el escocés, un hombre guerrero, pronto, activo, liberal en premiar, severo en castigar los crímenes, y cuya conducta inspirase temor y afecto; y Roberto era el retrato de un hombre de un genio por el extremo contrario. Hallóse cuando mozo en diferentes batallas, y si no se portó de modo que debiera cubrirse de vergüenza, tampoco manifestó aquel ardor caballeresco, que le hiciera señalarse, arrostrando los peligros, é inmortalizarse por acciones arriesgadas, segun se deseaba, y aun se requería de los de nacimiento ilustre, y de los que tenían derecho de autoridad sobre los demás, segun el gusto de aquel siglo.

Por otra parte, su carrera militar fué muy

corta, porque siendo joven y conocido con el título de conde de Carrick, tuvo la desgracia de llevar en la pierna un par de coces que le dió el caballo de sir James Douglas de Dalkeith, en un torneo; de cuyas resultas quedó cojo por toda su vida, y por consiguiente privado de concurrir, tomando parte activa en la guerra, y en los torneos ú otras diversiones, simulacros de la misma. Como siendo conde de Carrick no habia mostrado mucha inclinacion por los ejercicios violentos, tal vez no debió tomarse mucha pena por la imposibilidad en que se hallaba de no hacer papel en escenas tales. Las consecuencias de dicho accidente le hicieron menos apreciable á los ojos de una nobleza orgullosa, y de una nacion guerrera. Vióse precisado á confiar la direccion de los negocios públicos tanto á uno de sus parientes, quanto á un extraño, algunas veces con el título de lugarteniente, otras sin él, pero siempre con el amplio poder conveniente á tal destino. Su amor paterno le hubiera decidido á valerse de su hijo primogénito, mozo muy vivo y de buen talento, criado por su ternura duque de Roth-

say, dándole un destino el mas próximo posible al trono, que debiera ocupar algun dia; pero tenia este principe la cabeza muy ligera y la mano muy debil para manejar el cetro que se le hubiera confiado; y aunque le gustaba mucho mandar, preferia las diversiones y pasatiempos, de modo que traia la corte alborotada y escandalizado al pueblo por sus muchas intrigas y locuras amorosas, cuando por su rango debia dar á la juventud del reino ejemplos de regularidad y moderacion.

La vida licenciosa del duque de Rothsay era mucho mas reprehensible en él por ser casado; pero algunos que se hallaban prendados de su juventud, su genio festivo, gracias y natural afabilidad, pensaban que las circunstancias de su matrimonio hacian excusable su libertinage. Tenian muy presente que su boda fué obra de su tio el duque de Albany, por cuyos consejos se guiaba el rey enfermo y tímido, y de quien se pensaba inspirara en el corazon del rey pensamientos poco favorables á los intereses y esperanzas del joven heredero del trono. Las intrigas del duque de Albany pusieron,

por decirlo así, la mano del príncipe á pública subasta, dando á entender abiertamente que cualquier señor, que diése mayor dote á su hija, debía prometerse casarla con el duque de Rothsay.

En el concurso de pretendientes, que debió resultar de tal propuesta, Jorge de Dunbar y de March, dueño por sí, ó por sus vasallos de casi toda la frontera de Inglaterra, mereció la preferencia entre todos sus competidores, y su hija, de consentimiento propio y del joven príncipe, contrajeron esponsales.

En tal estado se hallaba el negocio al parecer concluido, y no del todo, faltando el consentimiento de otro señor, á quien no se había consultado, y era nada menos que un sugeto tan temible como Archibald, conde de Douglas, de quien se podía temer mucho por la extensión de sus dominios, los cargos y empleos que le condecoraban, y sus prendas personales de valor y prudencia, juntas con el orgullo indomable y una sed de venganza mas que feudal. Estaba el conde tan cercano al trono como puede gloriarse estarlo, quien como él

había casado con la hija mayor del monarca.

Douglas se presentó, después de concluidos los desposorios del duque de Rothsay con la hija del conde de March, como si él hubiera tardado en tomar parte en el asunto para probar no podía concluirse sino con él, y que debía anularse el contrato. Ofreció á su hija Marjory y con ella un dote mas considerable, que el admitido de parte de March; y Albany, llevado de la codicia, y del temor que Douglas le infundia, aconsejó al débil monarca, decidiéndole á faltar á su palabra con March, y á casar su hijo con Marjory de Douglas, muger á quien no era fácil amase. Dióse por disculpa de tal conducta, que como los desposorios primeros del príncipe no habían recibido aun, como debían, aprobación del parlamento, no eran obligatorios. Irritóse mucho March del insulto contra su hija, y generalmente se creyó cuidaría de vengarle, como se lo proporcionaba su influencia en las fronteras de Inglaterra.

Indignado por su parte también el duque de Rothsay, de que hubiesen sacrificado su mano y su inclinación á una intriga de Estado, ma-

nifestó su disgusto, despreciando no solo á su muger, sino á su formidable suegro, mostrando muy poco respeto ni aun á la autoridad del rey, así como, no haciendo aprecio de las repreciones del duque de Albany, su tio, á quien miraba como á su enemigo declarado.

La muger del monarca, Anabella, vástago de la casa noble de Drummond, habia sostenido por cierto tiempo al debil rey por sus consejos en lo mas fuerte de las disensiones intestinas de familia, que trascendian á los consejos y administracion de los negocios, é introducian por todas partes la incertidumbre y desunion. Dotada de una sagacidad particular y de gran firmeza de caracter, imponia cierto temor á las ligerezas de un hijo que la respetaba, y por estas calidades sostenia la tímida y vacilante resolucion de su real esposo. Muerta ya esta señora, quedó el soberano como navío sin áncoras, é impelido por las olas encontradas; pudiéndose decir le dominaba el cariño por su hijo, el respeto á su hermano Albany, de genio mas atrevido que el suyo, el terror que como por instinto le inspiraba Douglas, y la duda

sobre la fidelidad del atrevido é inconstante March. Los sentimientos que nutria por estos individuos, llegaron á mezclarse y complicarse de tal modo, que se mostraban enteramente distintos de lo que realmente fueran. El rey cedió por fin al último ascendiente que dominó su alma inconstante; se trasformó de padre indulgente en severo y aun cruel; la confianza en su hermano se volvió desconfianza; y este monarca tan suave se mostró tirano envidioso é interesado. Era su caracter parecido al camaleon, revistiéndose del color que quisiera darle una alma mas firme, cuyos consejos hubiera seguido y de quien pudiese recibir socorros. Se veía un cambio total de medidas, cuando despreciaba los consejos de alguno de los suyos, y se guiaba por los de otro, lo que, sobre hacer muy poco honor al caracter del rey, arriesgaba la seguridad del Estado.

Resultó de aquí, segun era natural, un grande valimiento é influencia del clero católico sobre un hombre de buenas intenciones pero sin resolucion para nada. Hallábase Roberto no solo atormentado por el íntimo convencimien-

to de los yerros que habia cometido, sino despedazado por las inquietudes que afligen al supersticioso y tímido. Parece pues ocioso afirmar que los del clero secular ó regular tenían influencia sobre un príncipe tan fácil de dejarse llevar, aunque, á la verdad sabian sustraerse de ella, en aquel siglo, un corto número de personas, fuese la que fuese la firmeza ó resolución que tuvieran en sus negocios temporales. Con esto da fin nuestra digresion, sin la que no hubieran podido los lectores comprender lo que vamos á referirles.

Después de haber llegado con trabajo y con un paso muy poco gracioso á su silla real, se dejó caer en ella en ademan de indolencia, ó del que ha estado mucho tiempo en una postura incómoda. Después de sentado, todas las facciones del bueno y venerable viejo anunciaban la mayor benevolencia. El prior se puso y mantuvo de pie, frente del sitial del rey, en actitud la mas respetuosa, disimulando por ella su genio altanero y dominante. Era un hombre como de cuarenta á cincuenta años, pero entre sus cabellos negros no habia una sola cana.

Sus facciones expresivas indicaban bien los talentos de que estaba dotado, y su modo penetrante de mirar, la perspicacia de su entendimiento, á cuyos dotes debia el padre haber logrado el alto puesto en que se hallaba, mandando á su comunidad, y aun añadiremos en los consejos del reino, donde no pocas veces los habia empleado. Los principales objetos á que se dirigian sus deseos, con arreglo á su educacion y hábitos, eran el aumento de las riquezas y dominios de la Iglesia, la supresion de la heregía esforzándose para conseguirlo, por todos los medios que le proporcionaba su posicion. Pero daba honor á su religion por la sinceridad de su creencia, por su fiel observancia de las reglas de la moral, que eran la guia de su conducta en todas las ocasiones que se le presentaban. Los defectos que cometia el padre Anselmo, y los funestos errores en que caia, así como la crueldad á que propendia, eran propios de su profesion y del siglo en que vivia; pero las virtudes que practicaba eran propias de él.

— Esto hecho, le dijo el rey, y estando ase-

guradas por una carta á este monasterio las tierras de que acabo de hablar, ¿creeis, padre mio, que yo debo estar en paz y buena amistad con nuestra santa madre la Iglesia, de modo que pueda llamarme uno de sus hijos respetuosos?

— Sin duda, señor, respondió el prelado, ¡ojalá que todos sus hijos trajeran al sacramento de la penitencia un arrepentimiento tan sincero de sus errores, y tan buena voluntad de reparar los males por ellos causados! Pero yo dirijo estas palabras de consuelo, no á Roberto, rey de Escocia, sino á mi humilde y devoto penitente Roberto Estuardo de Carrick.

— Vos me sorprendeis, padre mio. Mi conciencia me acusa bien poco de haber faltado á mi deber como rey, porque me he guiado para obrar, menos por mi propio dictamen que por el parecer de mis mas sabios consejeros.

— Pues en eso mismo está el peligro, señor; el Padre Santo reconoce en cada uno de vuestros pensamientos, palabras y acciones, un obediente vasallo de la santa madre Iglesia.

Pero hay consejeros perversos, que siguen el impulso de sus pasiones y la inclinacion de sus corazones corrompidos, abusando de la bondad y confianza y aun de la facilidad del soberano, y quienes, con pretexto de mirar por sus intereses temporales, toman tales medidas, que pueden perjudicar á la felicidad de este por toda una eternidad.

Levantóse el rey con un aire de autoridad que le cuadraba perfectamente; pero que no le fué jamás habitual.

— Padre prior, le dijo, si habeis descubierto en mi conducta ó de rey ó de persona particular, alguna cosa que merezca una censura como la incluida en las palabras que acabais de pronunciar, es un deber en vos el explicarse claramente, y además yo os lo mando.

— Sereis obedecido, señor, respondió el prior, haciendo una inclinacion profunda, y enderezándose luego, tomó el tono de dignidad de su rango en la Iglesia, y le dijo: — Oid como salen de mi boca las mismas palabras de nuestro Padre Santo, sucesor de San Pedro, á quien se dieron las llaves para abrir y cerrar,

y con ellas el poder de absolver y ligar. — ¿Por qué, ¡ó Roberto de Escocia! no has instalado en la silla de San Andrés á Roberto de Wardlaw, recomendado por el pontífice para ocuparla? ¿Por qué hacen tus labios una profesion respetuosa de obedecer á la Iglesia, cuando tus acciones proclaman la desobediencia y obstinacion de tu alma? La obediencia vale mas que un sacrificio.

— Señor prior, dijo el monarca en un tono correspondiente á su rango elevado; podemos dispensarnos de responderos sobre tal punto, por tocarnos á nos y á los Estados de nuestro reino, y que en nada nos interesa la conciencia.

— ¡Ah! replicó el prior, ¿cuál será la conciencia que se interese en el dia del juicio final, y cual de vuestros poderosos lores ó de vuestros ricos ciudadanos se interpondrá entre su rey y los castigos de que se haya hecho acreedor, siguiendo su política seglar en materias eclesiásticas? Sabe ¡ó rey! que cuando toda la caballería de tu reino se formara en batalla delante de su poderoso rey, para defen-

derle, presentando sus escudos al golpe de la justicia divina, se veria consumido como un pedazo de pergamino seco, tirado á un horno ardiendo.

— Buen padre prior, dijo el rey, sobre cuya conciencia siempre producía efecto este lenguaje; hablais con demasiado rigor de este negocio. Cuando el conde de Douglas mandaba en Escocia en clase de lugarteniente, á causa de mi última indisposicion, se presentó el obstáculo contra la instalacion del dicho prelado. No me reconvengais pues con lo que ha sucedido en tiempo que los negocios del Estado estaban al cuidado de otro; porque yo no podia menos de nombrar un delegado.

— Bastante habeis dicho ya, señor, en este asunto, pero si el obstáculo de aquel tiempo debió removerse tan luego como el rey volvió á tomar el mando, preguntará el legado de Su Santidad, ¿por qué no se hizo la instalacion? Douglas el Negro tiene no solo mucho poder, sino mas del que corresponde á un vasallo; mas con todo, no hasta ponerse entre Vuestra Magestad y su conciencia; no puede tampoco

desprenderos de las obligaciones que como rey teneis contraidas con la Santa Iglesia.

— Padre mio, dijo Roberto algo impaciente; vos tratais este asunto de un modo perentorio: deberiais esperar á un tiempo razonable, que nos proporcionara poner el remedio debido. Ya se suscitaron disputas como estas en tiempo de nuestros predecesores; y uno de ellos, el santo David de feliz memoria, no renunció de sus privilegios en calidad de monarca, sin haberlos defendido vigorosamente, y á costa de una disputa con Su Santidad.

— Esto mismo fué lo que no hizo ese rey ni justa ni santamente, habiendo sido abandonado á sus enemigos, que cargaron con sus despojos por haber hecho armar contra las banderas de San Pedro, de San Pablo, y de San Juan de Beverley en la guerra, que aun hoy se llama del Estandarte. Bastante feliz fué en que, como el rey hijo de Jesé, cuyo nombre tenia, sufrió el castigo de su pecado en la tierra, en lugar de haberse escrito para deponer contra él en el dia supremo.

— Muy bien, padre prior, muy bien, basta

por ahora en esto. No tendrá la Santa Silla, Dios mediante, motivo para quejarse de mí. Bien sabe María Santísima, no quisiera gravarme por la corona que llevo, con el pecado de causar el mas mínimo perjuicio á nuestra madre la Iglesia. Recelamos mucho que el conde de Douglas no mire con demasiado ahinco por la fama y por los bienes temporales de esta fragil vida, para que pueda importarle mucho lo de la otra venidera.

— Ahora, muy poco tiempo ha, dijo el prior, tomó alojamiento á viva fuerza, en el monasterio de Aberbrothock con una comitiva de mil hombres, y el abad está precisado á proveer para todos y sus caballos; y el conde dice es una hospitalidad á que tiene derecho por lo mucho que sus antecesores contribuyeron con donaciones grandes á la fundacion del monasterio. Mas valdria volverle á Douglas sus tierras que someterse á una exaccion, parecida mas bien á la licencia de salteadores salvages, que al porte de un baron cristiano.

— Douglas el Negro, dijo el rey suspirando, descende de una casta que no sufre se le diga,

no. Pero, padre prior, tal vez yo mismo soy aquí un intruso como él, porque mi morada en este convento es ya demasiado larga, y mi comitiva aunque no tan grande como la de Douglas, será bastante carga, por lo que diariamente consume; por esto tengo dada orden á mis proveedores, que os alivien á todo lo posible; pero si nuestra presencia puede ser onerosa, trataremos de partir de aquí cuanto antes.

Entonces dijo el prior, quien aunque muy amigo de mandar, no tenia nada de hombre bajo ni mezquino, y cuyo caracter generoso era ya magnificencia: — No lo permita Nuestra Señora. El convento de Dominicos puede dar á Vuestra Magestad el hospedage como le da á los viageros de toda especie, que le reciben de los pobres siervos de nuestro santo patron. No, señor; venid con una comitiva diez veces mayor que la presente, y no le faltará ni un grano de cebada, ni una saca de paja, ni un pedazo de pan, ni una onza de carne. Es muy distinto emplear las rentas de nuestras tierras, que son mayores de lo que pueden necesitar y desear los religiosos, en hospedar y recibir á Vuestra

Magestad con el decoro debido, de verse despojar de ellas por mano de hombres tan groseros y violentos, y cuya inclinacion á la rapiña no tiene otros limites que la extension de su poder.

— Grandemente, mi buen padre prior. Separándonos ahora de les negocios del Estado, puede Vuestra Reverencia decirme, ¿cómo han comenzado los vecinos de Perth el dia de San Valentin? Con mucha galanteria, muy alegres y con mucha tranquilidad. ¿No?

— Yo no entiendo mucho de galanteria, ni tampoco sé mucho de alegría; pero en cuanto á *tranquilidad*, esta mañana vinieron cuatro hombres, y dos de ellos heridos cruelmente, á pedir acogida en el santuario, viéndose perseguidos por una multitud de hombres en camisa y armados de dagas, picas, palancas, hachas y espadas que gritaban á cual mas podian, ¡matadlos, asesinaldos! — No se sosegaron, aunque nuestro portero y el guarda les dijeron que ya estaban en sagrado, sino que continuaron gritando y llamando á la puerta, pi-